

cia del general Márquez sostuvo con él aquella larga conferencia reservada. En ella comunicó á Márquez el conocimiento exacto de todo lo que había acontecido en Querétaro, y opinó que el Imperio sucumbía por faltas de los defensores de esa plaza.

Se dió por cierto que el Emperador enviaba al general Ramírez Arellano para tranquilizar á la fiel México, avisando su próxima llegada. Al anunciar el *Diario Oficial* del Imperio, al siguiente día 15, la llegada de aquel general, le llamaba "enviado por el Emperador," cuyo aviso oficial fué calificado de plena confirmación de los rumores esparcidos la víspera. Ya no se podía dudar, estaba delante de todos el *enviado*, que confirmaba las seguridades más formales acerca del avance de Maximiliano para la capital, motivo bastante para que no tuviera límite la alegría de los imperialistas, externada con repiques en todas las torres, con la multitud de cohetes que poblaron la atmósfera, y con otra porción de manifestaciones de entusiasmo.

Márquez dispuso que se verificase el mismo día 15 de Junio una junta de ministros en la sacristía de la iglesia de los Angeles, punto cercano al de Santiago Tlaltelolco donde tenía este general su residencia; allí sostuvo con el general Arellano la falsa noticia que había circulado en la plaza, respecto al próximo regreso de Maximiliano, y manifestó aún la esperanza de salvar al partido imperialista, derrotando á los sitiadores que estaban diseminados en una línea de circunvalación que medía más de doce leguas de desarrollo. En caso de que la fortuna no fuera favorable á las armas imperiales, siempre se sucumbiría con gloria, luchando hasta el último instante, resolución extrema que suele salvar del cadalso á los vencidos.

No se podía comprender cuáles eran las miras del general Márquez, pues sabía ya que Maximiliano estaba prisionero; tal vez suponía que persistiendo en la defensa de la capital, mejoraría la situación del cautivo, ó esperaba que algún acontecimiento favorable llegara en auxilio de los conservadores; también es presumible que quisiera ganar tiempo, espionando el momento propicio para huir y acogerse á un seguro abrigo. Mostrábase tan abatido, que no se reconocía en él aquel militar de las guerras civiles, enérgico, sereno y valeroso; parecía que sus esperanzas habían muerto; solamente la crueldad que tanto se le reprochaba, no le había abandonado y comprendía perfectamente, que tan solo con el terror podía sostener un orden aparente en la populosa capital, que se debatía entre las congojas del hambre, y donde al esparcirse los rumores de la caída de Querétaro, impulsaban revueltas cotidianas los partidarios de la República. Márquez sabía que el general Díaz hacía continuamente proposiciones á los jefes europeos, y que estaba en casi diarias relaciones con el prefecto político O'Horan, brazo derecho del Lugarteniente, y consideraba que se le podía entregar á la hora menos pensada.

Se pretendía sostener con falsedades la caída de la gran fortaleza que aún quedaba en pie del edificio imperial, cuando ya republicanos é imperialistas co-



Doctor Vicente Licea.

Verificado el fusilamiento de Maximiliano en el Cerro de las Campanas, fué levantado el cadáver, envuelto en una sábana y conducido en un cajón de madera corriente á una capilla del Convento de las Capuchinas. Allí, el Doctor Licea, en unión del jefe del cuerpo médico militar, procedió á embalsamarlo; separó los intestinos en vasijas, y dejó el corazón un día en una de las bancas de la capilla. El Doctor Licea fué acusado de haber querido disponer de estos restos, y la Princesa Salm le promovió un litigio por motivo de los restos del vestido del difunto y por la negativa que del rostro hizo sacar el Sr. Licea.

nocían los detalles de la pérdida en Querétaro, negándola los segundos porque hería de muerte sus más vivos deseos, y acogían entusiasmados los rumores que contradecían las noticias esparcidas hacía treinta días causándoles sufrimientos é inquietudes.

En presencia de los Consejos de ministros y de Estado, presididos por el Lugarteniente, habló éste con extensión, refiriendo á su modo los acontecimientos de Querétaro y la próxima llegada de Maximiliano; al terminar preguntó al general Arellano si lo que había narrado estaba conforme con los sucesos, y contestando afirmativamente el interpelado, concluyó la sesión. Entonces Márquez publicó oficialmente la noticia, dando por autor á Arellano y mandó solemnizarla con repiques y salvas que hicieron creer á los sitiadores que dentro de la capital se había verificado una revolución y que les abrían las puertas llamándolos. El general Díaz dispuso entonces atacar vigorosamente la ciudad sitiada, para apoyar el movimiento que creía efectuado en favor de los republicanos; pero las columnas de estos fueron ametralladas, experimentando grandes pérdidas. (1)

El disparo de los cañones continuó diariamente; el 15 de Junio toma consistencia el rumor acerca de la próxima llegada del Emperador, y al siguiente día una proclama de Márquez anuncia el arribo á México del general Ramírez Arellano, como enviado del Emperador para avisar que está á tres leguas de la ciudad, victorioso y escoltando extenso convoy de heridos.

Después de los momentos de efervescencia, vuelve á entrar la ciudad en su acostumbrada inacción desde el 15 al 19 de Junio, ejerciendo el jefe Márquez su actividad únicamente al exigir dinero á los ricos, á muchos de los cuales ya se les había cobrado rescate, dando por pretexto la próxima llegada de Maximiliano á la capital. Por seis días aún prolongó Márquez los horribles padecimientos de aquella población que se debatía en la miseria y el hambre, y sostuvo una lucha tan tenaz como esteril, pues ya no podía esperar resultado satisfactorio.

Seguro Márquez de que Maximiliano había caído prisionero, abrió el pliego cerrado que recibió al salir de Querétaro, fechado en esta ciudad el 20 de Marzo, en cuyo documento quedaba nombrada la Regencia, compuesta de los Señores Vidaurri, Lacunza y el mismo Márquez, pues los poderes confiados á la Emperatriz habían cesado de hecho con su ausencia en Europa; eran nombrados suplentes los señores Don Teodosio Lares, el General Don Tomás Mejía y

(1) Dijo el general Márquez, según lo referido por Ramírez Arellano, que Maximiliano le mandaba anunciar su próxima llegada, para tranquilizar la capital. La noticia no podía negarse porque el mensajero se dejaba ver en público. El regocijo de los imperialistas no tuvo límites; al percibir las salvas de artillería, los repiques é iluminaciones, los sitiadores, creyendo en un levantamiento popular destacaron tropas sobre las garitas de San Cosme y Belem; pero fueron destrozadas por el fuego de las baterías allí establecidas, después de haber dejádaslas acercarse á corta distancia. Al día siguiente todo estaba tranquilo; para los sitiados el Imperio subsistía, el Emperador no estaba prisionero, y los sitiadores de Querétaro y aun los de la capital, habían recibido justo castigo; ¡tal vez de un momento á otro estaría libre la capital!